

DIARIO DE CORDOBA.

DE COMERCIO, INDUSTRIA, ADMINISTRACION, NOTICIAS Y AVISOS.

NUM. 7973

Subscription en Córdoba. Por un mes..... 8 rs.
Por trimestre..... 22 rs.
Fuera de Córdoba..... Por un mes..... 10 rs.
Por trimestre..... 28 rs.

MIÉRCOLES 18 DE ABRIL DE 1877.

Los señores suscritores á este periódico tienen derecho á insertar gratis en sus columnas un anuncio ó comunicado á lmas, que no exceda de quince líneas y que sea de su exclusivo interés

AÑO XXVIII.

Nos el Dr. D. Fr. Zeferino Gonzalez, del Orden de Predicadores, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica Obispo de Córdoba, Caballero Gran Cruz de la Real Orden Americana de Isabel la Católica etc. etc.

Hase dicho que Dios es paciente porque es eterno: *patiens quia eternus*. Y la Iglesia católica que es la encarnacion suprema de la verdad divina en la tierra, es tambien la encarnacion viviente de esta gran palabra. La Iglesia que es inmortal, y por lo mismo que es inmortal con inmortalidad garantizada por la palabra de Jesucristo, es paciente y benigna con las flaquezas del hombre, y es paciente tambien con las violencias é injusticias de los Gobiernos y de los Poderes temporales. Pero así como la paciencia de Dios tiene sus tiempos, y llegan momentos en que su misericordia cede el paso á su justicia, así tambien en la lucha perseverante de la Iglesia católica contra las manifestaciones del mal, llegan momentos supremos en que inspirándose en su inmortalidad misma, se avanta como impulsada por secreto resorte, para demostrar á los hombres y á los pueblos que lleva en su seno un principio divino que es y será siempre su vida y su forma sustancial, y por ende el principio vital de su virilidad sobrehumana, de esa fuerza superior á todas las fuerzas resistencias de la tierra. Que la Iglesia atraviesa hoy una época crítica, diciendo demasiado la situación general de los espiritus y los acontecimientos que de algun tiempo acá vienen acumulándose sobre ella y contra ella; pero en cambio la palabra que cayó de los labios del augusto Vicario de Jesucristo, nos revela tambien que ha llegado uno de esos momentos supremos, en que debilidad aparente y la santa paciencia de esa misma Iglesia, se convierte y transforma en resistencia contra toda tiranía é injusticia, en fuerza contra toda fuerza.

Tal es la significacion histórica del sentido real de la Alocucion pronunciada en el Consistorio del 12 de marzo por Nuestro Santísimo Padre. Como quiera que es deber muy importante de nuestro ministerio episcopal, hacer que la voz del Vicario de Cristo, centro de unidad y vida para la Iglesia católica, lleve cuanto antes á oídos de todos nuestros diocesanos, hemos determinado publicar en el BOLETIN de la diócesis la mencionada Alocucion, en perjuicio de ocuparnos con mayor detenimiento de su contenido, si circunstancias lo exigieren, pu-

blicamos hoy el presente Edicto con algunas reflexiones encaminadas á poner de relieve la importancia doctrinal, práctica y religiosa de la expresada Alocucion, para todos los que de católicos se precien. En ella vereis desde luego, amados diocesanos, que la voz augusta del Vicario de Jesucristo, esa voz respetable para todo hombre serio, pero sagrada para todo verdadero cristiano, denuncia al mundo con energía, pero muy justa y merecida, «los peligros, embates y vejaciones, cada día mas insostenibles» de que se halla rodeado y que está sufriendo el Soberano Pontífice.

Creeris sin duda que las persecuciones, peligros y vejaciones que rodean y atribulan al Padre comun de los fieles, proceden de Gobiernos musulmanes, gentiles, ó al menos protestantes. Pero nada de eso: el Vicario de Jesucristo alude expresamente á Estados y Gobiernos que se llaman católicos; alude á los invasores del principado temporal y civil de la Santa Sede; alude á los que «hollando todos los derechos divinos y humanos, violando la fé de pactos solemnes, y aprovechándose, como de ocasion oportuna para su dañad intento, de las calamidades de una ilustre nacion católica, acometieron con violencia las provincias que aun Nos quedaban, dice el Santo Pontífice, y por fuerza de armas se apoderaron tambien de esta santa ciudad, y con obra tan perversa como inicua, llenaron de luto y consternacion á la Iglesia universal.»

Estas palabras que deben caer como plomo derretido sobre el corazon de los invasores de la ciudad santa, entrañan á la vez la condenacion mas elocuente, aunque tácita, de la conducta de la Europa, y principalmente de la Europa católica, en presencia del horrible atentado cometido contra el catolicismo y cometido tambien contra la justicia y el derecho en la persona del Padre comun de los fieles. En presencia de este horrible atentado, y de violacion tan repugnante de todo derecho y de toda justicia, ¿cosa extraña y apenas concebible! esa Europa que tanto alardea de poseer la nocion verdadera del derecho y de la justicia; esa Europa, cuyas universidades, ateneos y academias discuten á todas horas y preconizan á porfia la santidad é inviolabilidad de estos dos principios; esa Europa que nos habla frecuentemente de derecho de gentes y de libertad, de honor y de conciencia pública, de civilizacion y de humanidad, permanece muda é indiferente ante ese espectáculo de

violencia y de injusticia. La ciudad santa sobre la cual habian pasado diez siglos de soberania paternal y verdaderamente popular, hollada fué y profanada por la violencia y la tiranía: el Estado diez veces secular que tenia en su favor la triple sancion de la historia, del derecho, y hasta de su misma debilidad, fué aplastado y oprimido violentamente por el Estado de ayer, amasado con el fraude, con la traicion y con la sangre. Y la Europa, esa Europa formada y civilizada al calor del Pontificado católico; esa Europa por cuya salvacion y defensa tanto habia trabajado la Santa Sede; esa Europa que en épocas de peligro y en circunstancias azarosas debió su salvacion á los esfuerzos del Pontificado cristiano contra la barbarie musulmana, la Europa de Huniades, de Lepanto y de Sobieski, escucha impasible el estampido del cañon asestado contra el trono del Vicario de Cristo, dirige su mirada hacia los muros de Roma que caen con estrépito al rudo golpe de la traicion y de la fuerza, contempla algunos instantes la obra de iniquidad, y volviendo la cabeza hacia otro lado, guarda silencio.

¿Sucederá lo mismo en la hora presente? ¿Guardará tambien silencio al escuchar el grito angustioso que se escapa del pecho lacerado del Vicario de Jesucristo? Ya que una triste experiencia nos enseña que poco ó nada debemos esperar de la Europa protestante y cismática, de desear seria ciertamente que al menos la Europa católica, prestara atento oido, y sobre todo, corazon dócil á la palabra del Jefe de la Religion católica cuando esclama: «La Iglesia de Dios padece violencia y persecucion en Italia: el Vicario de Cristo, ni goza de libertad, ni del uso expedito y pleno de su poder.» Y sin embargo, es muy de temer que las naciones católicas, ó digamos mejor, que sus Gobiernos, permanezcan mudos é inactivos, algunos de ellos so pretexto de impotencia, llevados otros de indiferencia, y preocupados todos por ideas, consideraciones é intereses que creen de mayor importancia para su presente y su porvenir, por mas que semejante creencia diste mucho de ser fundada. Porque la verdad es, que si la cuestion del poder temporal del Papa, como cuestion de perfecta independencia y libertad de accion para el Vicario de Cristo, es cuestion vitalísima y de importancia suma para el porvenir de las naciones católicas, es tambien cuestion vital y de importancia suma para el porvenir de la civilizacion europea, con-

siderada esta como civilizacion de la libertad humana en todas sus legítimas manifestaciones. Y es que la independencia del Pontificado cristiano, es condicion *sine qua non*, es la garantia mas eficaz y práctica contra todo cesarismo autocrático que pretenda encadenar la conciencia religiosa, bien sea al carro del César antiguo, bien sea al carro del Dios-Estado-moderno, bien sea al carro mas innoble aun de la voluntad de mayorías y muchedumbres, convertida en origen y razon suficiente de justicia y de derecho, de ley moral y de ley religiosa.

El Pontificado católico, y solo el Pontificado católico, como encarnacion superior y viviente del principio libertador y divino que palpita en el fondo del Cristianismo, es el que ha traído al mundo la grande idea de la dignidad del hombre y de su independencia religiosa, en presencia de toda tiranía; porque solo en el cristianismo se halla profundamente encarnada la distincion perfecta entre el poder temporal y el poder espiritual, entre los derechos del hombre y los derechos de Dios.

De aquí es que á contar desde aquellos dos apóstoles que respondieron á los escribas y fariseos, cuando les prohibian anunciar al pueblo el nombre de Jesus; *obedire oportet Deo, magis quam hominibus*, hasta los obispos de Prusia que protestan con su palabra y su conducta contra la violencia y las imposiciones religiosas del César germánico; á contar desde el Príncipe de los Apóstoles y primer Vicario de Cristo, que sube al cadalso para salvar y afirmar la verdad de Dios en frente del error humano y de la tiranía de Neron, hasta el último de sus sucesores, el inmortal Pio IX, que opone enérgico y varonil *non possumus* á las exigencias anticatólicas de los potentados de la tierra; á contar finalmente, y para decirlo de una vez, desde la hora del Calvario hasta la hora presente, la historia del Cristianismo católico puede decirse que es la historia de su lucha grandiosa, perseverante y sangrienta, pero con la sangre de sus propias venas, contra las invasiones y violencias de los poderes humanos; es la historia de la conciencia cristiana, luchando en favor de la libertad y de la dignidad del hombre.

Por eso debemos esperar que las naciones, despues de agitarse por algun tiempo en el vacío y la nada, volverán tarde ó temprano al gremio de la Iglesia católica, que fué y es su verdadera madre. «Despues de mil males y dolores, decia el ilus-

tre y venerable P. Lacordaire, cuya violencia y duracion nadie puede alcanzar; cuando los poetas habrán succedido á los poetas, los profetas á los profetas, el orgullo al orgullo, y cuando la impotencia de la materia para gobernar al hombre será tan manifiesta como la impotencia del hombre mismo, entonces quizá los pastores de los pueblos, levantando al cielo su fatigada inteligencia, comenzarán á creer que la sociedad es una obra divina. Mirarán á la antigüedad olvidada, para ver si existió alguna vez un pueblo creado por la sola naturaleza, ó bien si el pueblo nació siempre del altar, la razon de la fé, la naturaleza de Dios! Una vez comprendida la cuestion, una vez reconocido que la sociedad no es posible con el racionalismo, y que lo es solo con el catolicismo, única religion verdadera, porque ella sola tiene la unidad de tiempo por su historia, la unidad de lugar por su ministerio, la unidad de doctrina por sus símbolos inmutables, la unidad en sí por el Pontificado; una vez dado este paso, se tratará de saber por qué el Catolicismo habrá sufrido por espacio de muchos siglos una disminucion de su influencia natural y legítima, para deducir de ello la manera de reconquistarla.»

Pluguiera al cielo que los reyes y los gobiernos y las asambleas, meditaran seriamente sobre tan profundas verdades, y reconocieran de una vez para siempre, que tronos, gobiernos y pueblos, se hallan vivamente interesados en la libertad y esplendor de la Iglesia católica, en la seguridad é independencia del Pontificado cristiano.

En todo caso, y cualquiera que sea la conducta y la marcha que adopten los gobiernos de la Europa y el de nuestra patria, en esta ocasion solemne, y mas que solemne, crítica para su porvenir, es deber de los pueblos y de los fieles todos, «trabajar con toda asiduidad, conforme lo permitan las leyes y costumbres de cada nacion, cerca de sus gobiernos, para que éstos se hagan cargo con mayor diligencia del triste estado en que se halla el Gefe de la Iglesia Católica, y juntamente se adopten soluciones eficaces para remover los obstáculos que le impiden su verdadera y plena independencia.» Ya lo veis, amados diocesanos, Ntro. Smo. Padre Pio IX desea que todos los verdaderos cristianos trabajen, en la medida de sus fuerzas y según lo permitan las leyes y costumbres de cada nacion, en restituir y asegurar su santa y apostólica libertad. Si sois,

Margai fué la primera que le rompió la cabeza, tomó la mano de Pascaul y le dijo: «Vete.»

Por toda respuesta Pascaul le metió la mano y se dirigió lentamente hacia la puerta, mientras Margai, apoyada en su brazo, hablaba con cariño.

Durante esta corta escena, Mollinet permaneció inmóvil, aguardando si el espectáculo que ofrecía á su vista era sueño ó realidad. Aquella ja Margai que él habia visto hacer y oír, por la cual habia dado su vida y á la que habia tan sumisa á sus padres? Aquella en aquellas circunstancias habia la fidelidad del anciano?

Pronto tomó su resolucion. Fué á la puerta, la cerró bruscamente, dió un salto y colocándose delante de Mollinet.

«¿Qué tú tienes son celos, exclamó, y por eso quieres detenerme á mí?»

«No saldréis, le dijo. ¿Qué pretendéis hacer? preguntó Pascaul con fiereza. Esperar, respondió Mollinet. Antes de una hora habrá vuelto el amo, y os explicareis con él. ¿Y si yo quiero salir apesar vuestro? Será necesario que seas el más fuerte. Entonces esperaré, pues no quiero turbar con una lucha la paz de esta casa. Mollinet, exclamó Margai, por amor mio, déjale marchar. No me supliqueis, señorita, dijo el criado con dulzura. Déjarle marchar seria hacer traicion á la confianza de mi amo y no lo haré: no faltará á mi deber. A esta declaracion, que la arrebató su última esperanza, Margai dió un salto y colocándose delante de Mollinet.

«¿Qué tú tienes son celos, exclamó, y por eso quieres detenerme á mí?»

«¿Qué tú tienes son celos, exclamó, y por eso quieres detenerme á mí?»

«¿Qué tú tienes son celos, exclamó, y por eso quieres detenerme á mí?»

«¿Qué tú tienes son celos, exclamó, y por eso quieres detenerme á mí?»

Los ojos de Mollinet adquirieron una expresion indefinible que participaba á la vez de dolor y de satisfaccion, de cólera y de espanto. Se adelantó hacia Rivarot, y en el momento en que este iba á abrir la boca le señaló con un rápido ademán las personas que iban á entrar en la sala con él. Rivarot comprendió, y volviéndose á los que le seguian y afectando buen humor.

«Hijos míos, les dijo, los que quieran continuar la velada no tienen más que pasar á la cocina. Federico, añadió dirigiéndose á su sobrino Federico Borel, que se encontraba en medio de ellos, tú cuidaras de que no falte nada. Dá tus órdenes como si estuvieras en tu casa. Federico salió acompañado de todo el personal de la alquería.

Una vez sólo con su muger, en presencia de los tres personajes á quienes habia sorprendido, Rivarot pasó sus impacientes miradas de uno á otros, y dirigiéndose á Mollinet,

«¿Qué tú tienes son celos, exclamó, y por eso quieres detenerme á mí?»

«¿Qué tú tienes son celos, exclamó, y por eso quieres detenerme á mí?»

nombre. Se le habia criado por caridad en la alquería, y cuando mas tarde Rivarot se casó y estableció en la Nueva-Bastilla, encontró en ella á Mollinet, que ocupaba el primer puesto entre los criados, tenía á su cargo la direccion de los trabajos, y disfrutaba de la entera confianza de su amo.

Rivarot le habia conservado todos sus privilegios, y este era el origen de la absoluta adhesion que le hubiera arrastrado hasta el crimen si su amo hubiera querido abusar de ella. Hacía veinte años que amo y criado vivian juntos, sin haber desmentido un momento ni el uno su autoridad ni el otro su sumision, y reinando, sin embargo, entre ambos una confianza sin limites.

Mollinet no habia querido casarse jamás, apesar de los esfuerzos de Mad. Rivarot, por no verse obligado á dejar la alquería ni á separarse de su amo.

«Ni yo puedo pasar sin la Nueva...

«Ni yo puedo pasar sin la Nueva...

